

La calle: exaltación y ruina de la democracia

RESUMEN: En este comentario editorial proponemos algunas líneas de reflexión que pueden ayudar a interpretar la proliferación de manifestaciones callejeras que se vienen sucediendo en España, sus causas, objetivos, justificaciones y métodos. Entendemos que la voz de la calle es esencial para la consolidación democrática, pues la democracia no se agota en las periódicas elecciones ni en las instituciones representativas que surgen de las elecciones. Democracia no es un acto esporádico que realizamos una vez cada cuatro años, sino una actitud permanente que, por necesidad, debe manifestarse públicamente en los medios de comunicación y en la calle, pues las libertades de expresión y manifestación no son adornos de la democracia representativa, sino parte de su misma esencia.

PALABRAS CLAVE: manifestaciones, indignación, democracia, calle, golpe blando.

The streets: exaltation and downfall of the democracy

ABSTRACT: In this editorial you will find some reflections which can help you to understand the spread of various street demonstrations which have been taken place in Spain; its causes, its goals, its justifications and its methods. We understand that the word on the streets is essential in consolidating the democratic process, for democracy doesn't end neither with periodic elections nor with the representative institutions which come up from elections. Democracy is not an occasional event realized once every four year, but a constant outlook that, when needed, must be done publicly in the media and in the streets because freedom of expression and demonstrations are not ornaments of the representative democracy, but it is intrinsic to its very essence.

KEYWORDS: demonstration, indignation, democracy, street, soft soup.

Después de haber embridado nuestras filias y nuestras fobias, desde la neutralidad posible en un consejo de redacción plural, como es el de *Razón y Fe*, entendemos que son varios los factores que confluyen en esa, aparente al menos, sustitución del parlamento por la calle de modo tan habitual, crispado y coordinado. Este *estado manifestación permanente* no se explica solamente por el lógico descontento causado por la política de recortes duros practicada por el gobierno del PP, sino que

hay indicios de una instrumentalización, más o menos científicamente programada, del descontento ciudadano por los partidos de la oposición, dispuestos a usar la calle como ariete para derribar al gobierno que no pueden derribar mediante una moción de censura en el parlamento. Tal estrategia es, a nuestro juicio, equívoca, equivocada y antidemocrática; *equívoca* porque confunde al ciudadano, *equivocada* porque es muy improbable que proporcione ventaja electoral a quien la practica y *antidemocrática* porque en democracia las formas (protocolo, estilo, tiempo y escenario) son también fondo.

La ebullición de la calle

Desde la muerte de Franco, hace ya treinta y ocho años, las manifestaciones han sido en España más frecuentes y masivas que en la mayoría de los países de nuestro entorno. Al principio, las movidas permanentes podrían explicarse como una espontánea manera de recuperar a toda prisa la obligada abstinencia de este manjar durante tantos años de dictadura. Pero, tras veinticinco años de democracia (Constitución de 1978), la persistencia y amplificación de la toma de la calle como espacio preferente para la acción y la agitación política merece un estudio sociológico equilibrado y sereno.

Particularmente las huelgas y manifestaciones han arreciado durante el gobierno actual del Partido Popular, que inició su andadura el 20 de diciembre de 2011. Sólo en Madrid se produjeron 4.319 huelgas y manifestaciones de diverso tipo a lo largo de 2012 y 630 en los dos primeros meses de 2013, lo que da una media superior a diez ocupaciones de la calle cada día. Esta anómalamente frecuente y muchas veces arisca ocupación de los espacios públicos plantea otros problemas, como la necesidad de una regulación del ejercicio de los derechos de huelga y manifestación. Pero estas y otras cuestiones conexas no son objeto de este editorial, en el que nos ceñimos a describir e interpretar políticamente las riadas humanas que ocupan la calle, su selectiva frecuencia y los mensajes que en la calle se expresan.

La protesta callejera es legítima

No hacemos un alegato contra las manifestaciones políticas, sino todo lo contrario: reconocemos su legitimidad y su utilidad como aldabas

La calle: exaltación y ruina de la democracia

que, a favor o en contra de nuestras opiniones, despiertan las dormidas conciencias de los ciudadanos. En concreto, en el momento presente hay sobrados motivos para que salga al exterior el general descontento que, a poco que hurgues, se palpa en todos los sectores y en todas las Españas. Los planes de ajuste duro tal vez a largo plazo conduzcan a la ansiada reactivación de la actividad económica y del empleo, pero en el corto y medio plazo nos han llevado a acrecer el sufrimiento de la mayoría hasta límites no conocidos en la presente generación. Si a eso añadimos la abundante escoria moral y corrupción de políticos, no es fácil comerse únicamente en las instituciones tantas *uvas de la ira*. Quienes, por afinidad de secta o por convicción racional, confían en el gobierno del PP, soportan el sufrimiento y aguantan estoicamente la marea porque creen que, después de ir a peor, vayamos a mejor. Pero quienes, por animadversión previa o por objeción sobrevenida, están convencidos de que las medidas de ajuste duro, practicadas por el PP, recortan el bienestar y las libertades, declaran agotada su paciencia y promueven o se suman a todo tipo de manifestaciones utilizando la calle como plataforma para forzar el cambio de signo en la gobernanza de España.

«La calle es más de la izquierda que de la derecha»

La conversión de la calle en escenario habitual de reivindicaciones sociales y políticas es una práctica mucho más enraizada en los partidos y organizaciones de izquierda que en los y las de derecha. Ello explica que suele haber muchas más huelgas y manifestaciones contra los gobiernos de derecha que contra los gobiernos de izquierda. Salvando lo que tiene de exagerado y las numerosas excepciones que se pueden aducir, no está muy lejos de la verdad el decir, como se dice a menudo: «la calle es patrimonio de la izquierda».

Ante la cierta postergación del parlamento que supone el trasladar a la calle el escenario de la batalla política, algunos politólogos quieren encontrar antecedentes en dos hechos históricos de radical importancia:

- a) en la Roma antigua, la *retirada al Aventino* de los plebeyos en el año 494 a. C. hasta que vieron reconocidos algunos derechos básicos;
- b) en la Italia del primer tercio del siglo XX, el abandono del parlamento por los diputados no fascistas, abandono que ellos mismos denominaron también *retirada al Aventino*, como medio de presión —en este caso inútil— para que el rey Víctor Manuel III anulara las elecciones, celebradas

bajo violencia, y que habían vestido de legalidad la llegada de Mussolini al poder y llevado al parlamento una mayoría fascista.

La oposición de izquierdas se siente heredera sentimental de las luchas de los plebeyos contra los patricios en Roma y heredera patrimonial de las luchas antifascistas en el siglo XX. Por eso, es en cierto modo lógico que, cuando el parlamento no les es favorable, busquen visualizar su herencia en la calle, lo que inevitablemente les lleva a definir la derecha como «casta de privilegiados y neofascistas». No es casual que, en torno al debate parlamentario sobre *el estado de la nación* (26 de febrero de 2013), el notable intelectual de Izquierda y catedrático de la UNED, Ramón Cotarelo, que dice votar al PSOE, pero ser más radical, haya abogado porque la oposición abandone el congreso de los diputados con estas elocuentes palabras: «Idos al Aventino y dejad el Parlamento en manos del fiel rebaño de beneficiarios directos e indirectos de esta política de embustes y expolio del neofranquismo. Si el gobierno no tiene la dignidad de irse, la oposición debe tener la de no quedarse».

La izquierda asume nuevas fórmulas de acción política

A la ocupación política de la calle han contribuido dos movimientos con gran fuerza de convocatoria, que aparentemente son ajenos a lo que pueda cocerse en las calles de España: los *indignados* y *golpistas blandos*. Curiosamente, aunque han movilizado a millones de jóvenes, los autores de estos movimientos son dos ancianos que han superado con creces la esperanza media de vida de la humanidad:

El francés Stephane Hessel, tres años antes de su muerte (falleció el 26 de febrero pasado a los 95 años) publicó un opúsculo titulado *Les indignés*, que dio origen a un movimiento antisistema, conocido en España como *15*, de gran influencia en todo el mundo. Teóricamente, el *15-M* abomina de los partidos y de la democracia sólo aparente que en ellos se sustenta. Propone instaurar pacíficamente una *democracia real*, directa con la mínima intermediación de los partidos. En la práctica, muchos de los «indignados» encuentran en los partidos de izquierda, hoy en la oposición, un catalizador, recíprocamente útil, de sus proyectos y suelen participar activamente en las convocatorias y manifestaciones, sin advertir o consintiendo que pueden ser diluidos en los partidos de izquierda tradicionales.

El estadounidense Gene Sharp, nacido en 1927, es un prestigioso intelectual que desde la *Fundación Albert Einstein*, por él creada, ha contribuido a erradicar la violencia y a extender los métodos no violentos en la confrontación política. Autor, entre otros libros, de *De la dictadura a la democracia* y de *Teoría del golpe blando*, Sharp parte de la constatación de que el poder político se sustenta en la obediencia que prestan los ciudadanos a sus dirigentes. Sin esa obediencia, el poder político no existe. A partir de este principio, Sharp propone la desobediencia pacífica y toda una serie de acciones minuciosamente desarrolladas en cinco fases. Todos los foros de análisis político atribuyen a Sharp la paternidad intelectual de las revoluciones, blandas y no tan blandas, que derribaron varios regímenes autócratas de los países árabes en 2011 y 2012. Hasta los hombres de estas revoluciones aluden a idílicos escenarios de no violencia: «de los claveles, de los jazmines, etc.». Los grupos más radicalmente izquierdistas, como el portal parisino *Voltaire*, consideran que la CIA ha aplicado la estrategia del golpe blando para desestabilizar aquellos regímenes, aunque sean democráticos, que no son del agrado o no sirven a los intereses de EE.UU. Paradójicamente, es la izquierda la que parece utilizar estrategias semejantes para derribar el gobierno. Echamos de menos un estudio riguroso e imparcial que evalúe en qué medida la frecuencia y crispación de la calle parece seguir las pautas previamente diseñadas, como el plano de un arquitecto social. Si lo que parece es, nuestra condena es absoluta y actual; y, si no es lo que parece, nuestra condena es solo preventiva y condicionada.

Las cinco etapas del golpe blando

Sharp, en su diseño práctico del golpe blando describe cinco etapas, que no se suceden sino que se encabalgan unas con otras:

1. *Ablandamiento*: Se sobreseñalan las carencias, descrédito, corrupciones, incumplimientos del gobierno, se fomentan los conflictos y se amplifica el malestar social.
2. *Deslegitimación*: Se airean los prejuicios atávicos contra el partido gobernante, se le acusa de incumplir los compromisos electorales, de quebrar el espíritu democrático, de incapacidad para pactar y, en resumen, de haber perdido legitimad para gobernar.

3. *Calentamiento de la calle*: Se fomentan las movilizaciones, huelgas, manifestaciones, ocupaciones de locales o espacios, broncas y abucheos a las autoridades, en acciones concertadas de las fuerzas políticas y sociales.
4. *Globalización de diversas formas de lucha*: Se promueven simultáneamente huelgas, cierres, apagones, marchas, concentraciones en varios sectores y en varias ciudades, aprovechando todas las situaciones para movilizar: leyes que no gustan, ERES, recortes, despidos, acuerdos internacionales, etc. En esa *globalización de la lucha* no siempre se conserva el principio de no violencia, porque siempre se adhieren fuerzas que suscriben el propósito final de derribar al gobierno, pero no siempre comparten la limitación que impone la regla de la no violencia activa, elemento irrenunciable en el auténtico golpe blando.
5. *Fractura institucional*: Sharp prevé varias salidas: la amenaza e incluso la consumación de un golpe militar y, en el menos traumático de los casos, una quiebra real de las instituciones que obligue a la renuncia del presidente.

El golpe blando no es estrategia legítima

Es sorprendente que la izquierda española utilice los mismos detestados métodos que, según la *Red Voltaire*, utilizan la CIA y los servicios secretos occidentales, unas veces para desestabilizar regímenes autocráticos y otras veces para desestabilizar gobiernos democráticamente elegidos, pero no gratos a los EE.UU. ni a Europa.

Las cuatro fases primeras de la praxis del golpe blando son fácilmente reconocibles en las más de 4.000 «ocupaciones» de las calles de Madrid en un año: huelgas, manifestaciones, cortejos más o menos festivos, encierros, marchas sincronizadas, discursos de cierre de las marchas, intentos de toma del Congreso, enfrentamientos violentos con la policía, concentraciones ante las sedes del PP. La misma oposición verbaliza sus propósitos de golpe blando cuando reitera cientos de veces la misma consigna: «Usted carece de legitimidad» y se lo dice a un presidente, Rajoy, desde prácticamente el día siguiente de haber ganado éste por mayoría absoluta unas elecciones generales que lo legitiman para ejercer el cargo durante cuatro años.

La calle: exaltación y ruina de la democracia

Ocupar la calle con tanta frecuencia e intensidad sirve, sin duda, para fortalecer del sentido de pertenencia y para alimentar los vínculos intelectuales y afectivos entre los ciudadanos ya identificados con la izquierda, pero no es una estrategia eficaz para convencer a quienes no votan a la izquierda, sino todo lo contrario. El hecho de que las encuestas registren un fuerte deterioro del PP, pero no una remontada equivalente del PSOE, debería bastar para reconocer que el calentamiento ininterrumpido de la calle no va a funcionar como atajo para volver antes a la Moncloa es un error de cálculo, pero, sobre todo, es un despropósito antidemocrático.

El *error de cálculo* se demostrará por sí mismo, porque estamos seguros de que el depósito de votos que pueden volver a inclinar las urnas hacia la izquierda no está más a la izquierda, sino en el centro moderado. Sólo un desplazamiento hacia la moderación permitirá al PSOE recuperar el poder; el mantenimiento de su caladero de votos está en la frontera, frecuentemente inestable, entre la izquierda y la derecha.

El *despropósito democrático* no necesita demostración. España es una democracia imperfecta, pero genuina, sin adjetivos. España no es una *democracia popular*, eufemismo para consumo exterior con que se definían las dictaduras comunistas al este del telón de acero; no es tampoco una *democracia participativa*, eufemismo de Chávez para pasar por encima de las instituciones venezolanas. Desde 1977 ya no es una *democracia orgánica*, eufemismo franquista para definir un régimen antidemocrático que de ningún modo admitía la independencia de los tres poderes del Estado, sino una fórmula próxima al absolutismo; «unidad de poder y diversidad de funciones». España es una *democracia representativa* y, por tanto, el poder procede del pueblo y se ejerce, no directamente sino mediante los representantes del pueblo, elegidos por sufragio directo y universal. En consecuencia, contraponer por principio la voz de la calle a la voz del parlamento es un vicio grave que podría arruinar la democracia.

En la estrategia de acoso y derribo practicada fuera del parlamento es muy tenue la línea que separa lo legítimo de lo ilegítimo. En democracia las formas ilegítimas no caben porque arruinar las formas es arruinar la democracia misma. La calle no es el escenario legítimo para ganar en ella la caída de un gobierno al que no se puede derribar en el parlamento. En esta distinción de espacios y funciones radica el que la calle se convierta en expresión de vitalidad democrática o en expresión de su ruina. ■